

SIEMBRA ANUAL DE LIBROS



EL CÍRCULO INFINITO

Los nudillos de la mano izquierda, amarillos por la tensión, sostenían los dedos y estos la mitad de una cebolla. En la derecha, el índice apretaba el filo superior de la cuchilla y la guiaba hacia adelante, hacia abajo y vuelta atrás. Las rodajas en fina juliana caían con pereza sobre la tabla de picar. Los ojos se vaciaban y volvían a llenar. El agua salada se deslizaba por los surcos de cuero duro que cubrían el rostro. Esa cara gastada, marcada por todo lo malo que le puede pasar a una mujer.

—Está fuerte la cebolla nueva —se dijo y siguió preparando la carne a la criolla, como todas las noches, desde el día en que volvió de la cárcel.

Un buen chorro de aceite de oliva —él solo comía con aceite de oliva— y unas gotas de limón sobre la ensalada, la carne en el costado del plato y estaba todo listo. Preparó el suyo bien condimentado y el otro sin sal. Él tenía que comer sin sal. Los llevó a la mesa, llenó los dos vasos con vino barato, de esos que se venden en caja y se sentó a esperar.

Terminó de corregir el rímel, se pintó los labios rojo carmesí —él deliraba por ese color de lápiz labial— y sacudió el pelo para que se le formaran bucles. La imagen que le devolvió el espejo la sorprendió, se vio bella. Radiante. Eligió con cuidado las bragas y el sujetador de encaje, se los puso soñando que él se los quitaba. La ropa nueva esperaba sobre la cama. La blusa blanca, translúcida; la falda verde ajustada y corta, muy corta. Lo haría delirar de pasión, resucitaría la pasión; ésa que estaba muerta y enterrada desde hacía mucho.

Los hijos ya estaban acostados, como todas las noches. La cena — la carne a la criolla con ensalada— lista en la cocina y la mesa tendida en el comedor, con el mantel azul que había bordado su suegra. Como prefería él. Solo faltaba la música. Algo de jazz, muy suave, tan suave que escucharlo era como respirar, no se sentía pero se hacía imprescindible.

Llegó y la miró de arriba abajo. No dijo nada. Colgó el saco en una silla y se sentó sin decir palabra. Probó la cena y frunció el labio del lado izquierdo.

— Esto tiene mucha sal, sabes que el médico me prohibió la sal, no lo puedo comer. Como siempre eres un desastre cocinando. Me mato trabajando para que no te falte nada y me encuentro con esto. ¿Para qué me sacrifico?— Gruñó levantando cada vez más la voz hasta que se transformó en un grito.

Se paró y arrojó la servilleta sobre la mesa.

— ¿Se puede saber de dónde sacaste esa falda? ¿Te la pones para que te miren? Como te gusta que te miren. Además de inútil eres una cualquiera.

Proyecto Puntos de Lectura - 21.D.2018



Universidad
Nacional
de Córdoba



Secretaría
de Extensión
Universitaria



Puntos de
Extensión
UNC

SIEMBRA ANUAL DE LIBROS



El hombro imprimió movimiento al brazo, este formó una curva en el aire. La palma de la mano dio en la boca. Los dedos golpearon la mejilla y el pulgar lastimó la nariz. El pómulo se fue poniendo bordó. De la nariz —que se hinchaba con rapidez— y la boca empezaron a caer hilos de sangre.

—Mejor me voy a dormir, antes que haga algo que no debo hacer y termine preso por tu culpa, por una perra—. Cerró la puerta de un golpe y todo quedó en silencio.

Levantó la mesa sin comer, tiró todo a la basura. Se apoyó en la mesada y respiró hondo para impedir el llanto. Fue imposible. Por lo menos parece que los niños no escucharon, sería terrible que perdieran la buena imagen que tienen de su padre, pensó.

Entró al cuarto, él dormía como si no hubiera pasado nada. La camisa que se había sacado colgada en una percha dentro del ropero, la corbata también; los zapatos guardados en la mesa de noche, el pantalón blanco descansaba en una silla, todo en su lugar. Ante tanta prolijidad la sorprendió una leve mancha curva, rojo carmesí, en la bragueta.

Cerró los puños con tanta fuerza que las uñas lastimaron las manos. Un leve mareo le quitó el sentido. Abrió el cajón de la cómoda y sacó el revolver que fue de su padre. Se acercó despacio, apoyó el caño sobre la cabeza y su dedo índice derecho apretó el gatillo, uno, dos, tres, descargó seis tiros con lentitud, mirando cómo se agrandaba el agujero, como esa cabeza adorada se transformaba en una masa informe y roja. Se detuvo cuando el dejó de respirar.

Comenzó a temblar y el arma se deslizó de su mano al suelo. Un espasmo le apretó el estómago y vomitó sin parar hasta quedar vacía, luego cayó sentada en la silla, agotada. De a poco fue recuperando la conciencia. Apoyó el brazo en el respaldo —ya no importaba que el pantalón se arrugara—, hundió la cabeza en él y lloró. Lloró. Lloró hasta que un oficial le esposó las manos a la espalda con la brutalidad propia del caso.

No le creyeron, ni la policía ni la justicia. De nada sirvieron las radiografías que mostraban algunas fracturas recurrentes ni la historia clínica del hospital donde la habían atendido de sus caídas frecuentes. Homicidio agravado por el vínculo. El juez le dio veinte años. El fiscal había pedido perpetua, por lo menos de esa pudo zafar.

Los días eran de chicle tejiendo canastos de mimbre en el taller y las noches, eternas. Más aún, desde que la gorda que mandaba en el pabellón de la penitenciaría se metió en su cucheta. Se cubría la cabeza con la almohada y la dejaba hacer lo que quisiera. Le costaba esperar hasta la mañana para lavarse la

Proyecto Puntos de Lectura - 21.D.2018



Universidad
Nacional
de Córdoba



Secretaría
de Extensión
Universitaria



Puntos de
Extensión
UNC

SIEMBRA ANUAL DE LIBROS



baba pegajosa que le dejaba desparramada por todo el cuerpo. Pero como todo lo malo termina, a los trece años, el abogado oficial le informó que salía con la condicional. Había soñado muchas veces con abrazar a sus hijos y empezar a vivir, esperaba que estuvieran allí.

No había nadie tras el portón de acero. Nadie.

Se fue caminando despacio, con su pequeño bolso de piel colgando del hombro. No sé si es mejor estar suelta, pensó.

Comió lento, mirando a la otra silla, a la silla vacía. Tomó el vino de un trago y se volvió a servir, la copa rebalsó y mojó el mantel azul. Siguió bebiendo una y otra vez hasta que la última gota salió del borde de cartón de la caja. Se levantó. Tiró a la basura lo que quedaba en los platos. Fue al baño, lavó su cara y limpió los restos de maquillaje y de labial, —parezco una vieja ridícula así, toda pintarrajeada, pensó después de verse en el espejo—. Olvidó ese pensamiento en el acto, mejor que él no supiera que había imaginado eso, lo enojaría mucho. Entró en el dormitorio y verificó que todo estuviera perfecto: la camisa colgada en el ropero junto con la corbata, los zapatos —que se encargó de lustrar— en la mesa de noche y el pantalón blanco en el respaldo de la silla, con la raya muy marcada como lo usaba él. Se acostó y miró el techo sin poder dormir. Como todas las noches desde que salió de la cárcel.

Algunas veces, cuándo no había luna y la oscuridad era más negra, extrañaba a la gorda.

El Caminante Blanco

- Juan Carlos Cia -

Proyecto Puntos de Lectura - 21.D.2018



Universidad
Nacional
de Córdoba



Secretaría
de Extensión
Universitaria



Puntos de
Extensión
UNC